

Un poeta cabal. Un gran poeta silencioso que acecha, con mansa pupila, el mejor oriente de sus perlas.

González Guerrero, dueño de una probidad de arte sólo comparable a su aristocracia de emoción, impresiona por el penetrante impulso de su numen. Un impulso limpio, recto y justo, sin el desequilibrio de la vena tumultuosa o del preciosismo verbal.

Sus ideas poéticas, rotundas de volumen y de sugestión, se matizan con un vocablo exacto. Exacto para la transfiguración de la imagen y para el efecto de la armonía auditiva.

El registro de expresión de este poeta, concordado con los más hondos diapasones subjetivos, jamás acumula exceso de «valores pintorescos». Es grave, contenido y sobrio, con esa prócer sobriedad de la conciencia, que marca la línea neta y el punto final.

González Guerrero, en su obra reciente, da la impresión de que ejecuta, en lo íntimo, la disciplina de superarse a sí mismo. Así es de ininterrumpido el ascenso de su calidad lírica, que le conquista uno de los sitios preeminentes entre los poetas mexicanos contemporáneos.

Enrique Fernández Ledesma

Por fin, mi glorioso Paco, bajo la triple alquitara de los años, la soledad y el estudio, ha logrado usted las preciosas esencias que hoy deposita con gesto sacerdotal en los altares de Dios. Esencias selladas en vasos de oro. Tradicionales metros castellanos que se remozan y se visten a la moda del día. Evocaciones de Santillana y Garcilaso, incomprensibles al croar impertérrito de las ranas circundantes, inmunes a la gracia de las Serranillas y a la castiza miel de las Eglogas.

Por ahí desfila Johan de Mena y los floridos cancioneros del siglo xv, abriendo con pensamientos sutiles la boca de toronjil de esa *Pastora de Vacaciones* cuyo encanto musical es uno de los más supremos del libro. No soñó Espinel que sus décimas, tan a menudo deshonradas por los organillos callejeros de la poesía, cristalizaran armonías de flor, en los giros y vocablos del madrigal, pero de un madrigal, como éste, sabio trasunto de la difícil sonrisa de Góngora.

Y admirable la tersa unidad ideológica del libro, cuyo título es por otra parte, un símbolo de la reverencia con la que siempre ofició usted en las misas divinas. Sus cinco partes redondean perlas de limpios orientes; cada una es reflejo y resonancia de la anterior. Hasta las pulimentadas hace veinte años, conservan su brillo junto a los nácares ulteriores. Por eso desde entonces presentíamos algunos la realizaciones exquisitas de ahora. Entre éstas, rindo un saludo preferente al *Hondero del Silencio*, porque a mi ver, en tales poemas se define con más arraigo personal, el perfil general de la obra. Casi tendría que recogerlos uno a uno en las manos cálidas del elogio, de la honda en cuyo hueco se tornasolaban con tan suave ful-

Ad altare Dei

Apreciaciones



González Guerrero

gor. Quiero, sin embargo, extender mención especial al *Regreso*, donde las turbias corrientes de la lírica actual, se purifican encauzadas en ajustadas normas de arte, poniendo de resalto la originalidad y riqueza de los juegos retóricos.

Jamás he caído en la ingenuidad de creer que con nuestra generación concluyeron los cambios y modificaciones de la poética. Justamente no está lejano el tiempo en que nosotros injertábamos en las rosas del viejo jardín hispano, el color y perfume de la savia francesa, en medio de las protestas de los que nos precedieron. Nosotros mismos teníamos actitudes desdeñosas hacia aquéllos que no profesaban el nuevo evangelio; desdeñ que se repite ahora por los que nos suceden, declarándonos, a su vez, caducos. El fenómeno es tan antiguo que comienza con la historia de todas las literaturas, y hay que convenir en que el arte no puede substraerse a ley de renovación, universal en todos los órdenes de la vida. Pero sí creo que en ese devenir incesante, quedan unos cuantos nombres alumbrando el camino a los que siguen, y entre esos hombres se recordará el de usted, como un ejemplo de paciencia fiel y vigilancia tenaz, oportuna pareja para ver cuajarse en el fondo de la retorta y del alambique, el oro sin mezcla de la fantasía y la esencia pura del sueño.

Cualquiera que sea la tendencia de nuestra lírica actual—hablo de la que representan unos cuantos conscientes de su talento y amigos del estudio, dejando al margen las pirotecnias meramente es-

tridentistas de los jazz-bands literarios—la aparición de un libro como *Ad altare Dei*, me parece tomar caracteres de epifanía en el vulgar calendario que vivimos, regocijadamente heterodoxo.

Por todo ello, repito aquí el calificativo del principio: salud, mi glorioso Paco.

Rafael López

México, enero de 1931.

He aquí un libro que es preciso no dejar pasar inadvertido.

¿Se habrá olvidado que Francisco González Guerrero es uno de nuestros poetas jóvenes de mayor relieve?

De aquel triunvirato selecto que inició sus pasos por el sendero augusto de la poesía, bajo la égida de Rafael López,—el poeta prócer de la hora actual—, González Guerrero es el de personalidad más saliente.

A la zaga del poeta de *Ad altare Dei*, camina Gregorio López y Fuentes que—al parecer mudo—pronto nos sorprenderá con la dávida prodigiosa de sus poemas más recientes y con su novela *El Campamento*.

Una sola estrella se ha extinguido ¿Qué fué de Rodrigo Torres Hernández? ¿Se extravió en la senda sonora?

En *Ad altare Dei* hallanse reunidos poemas escritos en un período de diez años: de mil novecientos doce a mil novecientos veintidós. Ellos han sido acuciosamente seleccionados. El libro hallase revestido de un carácter antológico. El poeta se presenta sobrio, culto y elegante en plena madurez. Esto dificultará el estudio del desenvolvimiento de la personalidad literaria de González Guerrero, será un rompecabezas para los eruditos; pero para quienes gustan catar la esencia de la poesía en ornamentadas ánforas, será un regalo de dioses. La forma perfecta, es parnasiana. El poeta no se decide a romper las formas tradicionales. En ocasiones lo intenta; pero el alejandrino continúa siendo su metro preferido. ¿Cuándo nos decidiremos a verter nuestras emociones estéticas en los novísimos cauces? La poesía de González Guerrero es simbólica. El aura de los poetas simbolistas franceses e hispanoamericanos acaricia los rosales de su jardín. Esto no empaña, decora su personalidad.

Al frente del libro sólo figura este epígrafe de Van Lerberghe: «Une petite porte d'or,—toute close sur le dehors». En efecto, esto es el libro: «Una pequeña puerta de oro abierta al exterior». Correspondía a Rafael López haberlo prologado; mas pasaron los tiempos absurdos de los proemios y el poeta se presenta espiritualmente desnudo.

El florilegio se compone de seis partes. Al desflorar la primera, nos encontramos con el poema *Flor de vida*, en que el poeta dice:

Abro a la vida el alma temblorosa, cual rosa de nómades fragancias en un jardín de luz. La abro para que beba la misericordiosa linfa, perennemente constelada y azul.